

No somos exclusivos

En más de una ocasión Jesús tuvo que enfrentarse a la cortedad de miras de sus discípulos. El relato de Marcos es muy iluminador y, de nuevo Jesús tiene que dar un toque de atención a ese exclusivismo de los que se creen con derechos que no son transferibles a los que no pertenecen al grupo. Es el celo imprudente de los que quieren delimitar con excesiva precisión los confines entre la comunidad cristiana y los de fuera, con la disimulada ambición de ser los únicos poseedores del auténtico poder carismático. Y no caemos en la cuenta de que, cuando el exclusivismo se hace en el “nombre de Dios alcanza la cima de su desvarío” que dando claro que, nosotros, solamente nosotros, somos los portadores de los carismas del Espíritu, y Dios queda reducido a nuestra ruindad y particularismo de miras. A este respecto, Bernard Häring le escribió al Papa Juan Pablo II: «Si la enseñanza del Magisterio se convierte en un grito de guerra de hombres intransigentes, presuntuosos de estar especialmente cerca del Papa, o se convierte en arma que se tira contra quienes disienten en aspectos solo secundarios de una interpretación excesivamente rígida, (en ese caso), no se hace un buen servicio a la Iglesia, ni al oficio de Pedro».

Si no aprendemos de la actitud de Jesús de que, “el que no está contra nosotros está a favor nuestro”, seguiremos con la idea de que Jesús es propiedad exclusiva de la Iglesia, y no es así. Por eso hay que estar muy atentos a ese toque de atención que les hace a sus discípulos y a nosotros, por esa manía que tenemos de separar el mundo en dos y no tener empatía: los míos y los otros, los amigos y los adversarios, los cristianos y los que no lo son, etc.

«Jesús no entiende la frase “no es de los nuestros”. La salvación, la liberación puede llegar a todos a través de otras personas que no son “uno de los nuestros”. Todo el que reme a favor de las enseñanzas de Jesús, es uno de los suyos, no necesita ninguna “admisión” ni ningún “carné” de pertenencia a ese “club”. Jesús vive en todas las personas que hacen el bien y viven trabajando por una humanidad más justa, más digna y liberadora» (Carlos Roos).

No olvidemos que fuera de la Iglesia hay un mundo considerable de hombres y mujeres que hacen el bien, que trabajan duro en favor de los más desfavorecidos, que tienen una profunda pasión por la justicia y muchos de ellos dejan su vida en ese servicio de defender los derechos de las más desfavorecidos de nuestro mundo. En ellos está vivo el espíritu de Jesús de Nazaret. No son nuestros adversarios y tenemos que sentirlos como amigos y colaboradores en el proyecto del Reino que siempre tiene que estar vivo en nuestra conciencia como creyentes. Y también deberíamos preguntarnos por qué la Iglesia no es capaz de hacer creíble entre ellos la persona entrañable de Jesús de Nazaret.

Tenemos que aprender de Jesús a respetar a las gentes que no son creyentes y no vivir recelosos condenando posiciones o iniciativas en favor de las personas por el simple hecho que no se ajustan a nuestros esquemas religiosos. Nuestra misión es trabajar por el Reino de Dios uniendo nuestro trabajo a lo de los que no forman parte de La Iglesia pero que están a favor de la justicia y la igualdad de derechos entre las personas. Lo demás viene por añadidura.